Confesiones del comisario tibetano

Posted on 7 de febrero de 2013 by Julio Aramberri

A los pocos días del banquete del Día del Profesor, vuelvo a encontrarme con el comisario político que me había declarado su eterna amistad o lo que fuera aquello que quería decir con lengua de trapo después de haber bebido en demasía. En esta ocasión, en una cena en casa de otro miembro del departamento, con menos gente, menos etiqueta y más oportunidades para charlar. Lamentablemente, me lo sientan al lado y asignan a una profesora con dominio del inglés para que me traduzca sus reflexiones. Debe de ser una astuta treta del anfitrión para quitarse él de en medio y poder organizar, como así lo hace, una partida de mahjong con los otros tres invitados. No hay escapatoria, así que tengo que escuchar durante un par de horas las confesiones del comisario.

«China, por si no lo sabes, es el país más poblado del mundo. A finales de 2012 éramos unos 1.350 millones. Eso suponía un relativo parón del crecimiento desde 1980. La población va a seguir creciendo debido a flujos migratorios y a la disminución de los índices de mortalidad, pero mucho menos de lo que habría cabido esperar en los años setenta del siglo pasado. Desde la proclamación de la República Popular, la población se había disparado. Por fin, el país había superado las guerras externas; la guerra con los nacionalistas reaccionarios de Chiang Kai-shek (nosotros, los del continente, lo llamamos Jiang Jieshi) había acabado; y los tratados injustos se habían extinguido. La mayoría de la población acogió con júbilo el nuevo clima y se dedicó a tener hijos para expresar su confianza en el futuro socialista. Por su parte, Mao Zedong siempre pensó que la población, cuanto más numerosa, mejor. El Gran Timonel había hecho sus propios cálculos sobre el resultado de una eventual guerra atómica con los capitalistas o los revisionistas. Podrían morir, decía, trescientos millones de chinos, pero aún quedarían muchos más para contarlo, así que no había razón para temer a los tigres de papel».

«Sus sucesores eran más optimistas. La guerra total no era inevitable y el país podría salir de la pobreza que le atenazaba con la adopción de una economía socialista de mercado, es decir, con un rápido crecimiento económico sabiamente dirigido y controlado por los cuadros de nuestro partido. Las decisiones tomadas en 1979 para encauzar la colectivización agraria y abrir el país al comercio exterior permitieron un crecimiento exponencial de la producción y un rápido aumento de la renta per cápita».
«Pero nuestros dirigentes veían con recelo el crecimiento de la población. De seguir con su desenfrenada marcha, no iba a haber forma de alimentarla, alojarla y vestirla adecuadamente. Hay quien piensa que podrían haberse percatado de que la

industrialización, el crecimiento urbano, el progreso de la medicina y el control de la natalidad tenían que desencadenar, pronto antes que tarde, un transición demográfica. Así pasó en los países imperialistas desde la revolución industrial. Pero la progresión geométrica de la población acuciaba y nuestros dirigentes adoptaron una drástica política demográfica. En 1979 se decidió también que, en adelante, los matrimonios no podrían tener más de un hijo».

«Bueno, no todos. Había excepciones para los campesinos, para las parejas formadas por hijos ya únicos y para algunas nacionalidades dentro del país. Mis padres pertenecen a la mayoría étnica; son Han, pero emigraron al Tíbet al final de la Revolución Cultural para participar en la reconstrucción del país, como tantos otros chinos. Yo me eduqué allí y allí empecé mi carrera en el Partido Comunista. Soy hijo único, y me parece injusto que los tibetanos no estén sometidos a esa limitación. Espero que la desigualdad desaparezca algún día, porque no tiene sentido. No tenemos por qué ser los chinos de verdad los únicos que carguemos con las consecuencias del necesario control de la natalidad».

«Pero no son sólo esos grupos los que han salido ganando con la política de hijos únicos. Las mujeres han sido las grandes beneficiarias. Nadie lo esperaba al principio, pero ahí están los resultados. Ahora se casan más tarde, lo que les permite tener una carrera; como los hombres. Y también han reducido sus embarazos. La fertilidad media de las chinas hoy es de 1,6 hijos por mujer; insuficiente para mantener estable la población. Pero a ellas no parece importarles demasiado, porque tienen la sartén y el mango. En la población menor de treinta y cinco años hay 34,5 millones de hombres más que mujeres. La desigualdad es más pronunciada a medida que se va a los escalones más jóvenes. Entre los cinco y los quince años hay ciento diecisiete hombres por cada cien mujeres. Antes, en China, ser mujer era una desgracia. Hoy, encontrar mujer es cada vez más difícil. Y lo que piden. Antes sus familias penaban para juntarles la dote. Hoy, si no tienes un piso nadie te mira a la cara. Y para los que nos siguen, ya no sé si además les van a pedir un coche y un apartamento en la playa».

«Pese a todo, casi todos, hombres y mujeres, preferimos seguir en la vieja China y tener un heredero que se ocupe de nosotros el día de mañana. Si te pasa como a mí, que tienes una hija en vez de un hijo, ya sabes que la vas a perder porque irá a ocuparse de los padres de su marido. Hasta hace poco, muchas mujeres, si sabían que iban a tener una hija, abortaban, pero hoy las cosas son más difíciles. El gobierno ha prohibido las ecografías antes del parto si no hay razones médicas para ello. Así que tenemos que aguantarnos con lo que venga. Como yo».

«Y no se te ocurra tener más hijos sin permiso, porque las autoridades te meten unas multas

que te doblan. En ocasiones, hasta imponen abortos forzosos a las mujeres que incumplen. Ah, y si eres miembro del Partido Comunista, un desliz y te crujen. A la calle. Ya me contarás lo que iba a ser de mí y de mi familia».

«Así que con cualquier pretexto me voy de casa. Eso de pasarse las horas con tu mujer, que te exprime, y con una hija que preferirías no haber tenido, no es de lo más divertido».

«¿Quieres que nos vayamos a pasar un rato en una casa de masajes cuando acabemos de cenar?»